

FEDERICO PARRA ORTEGA



Un cuatro admirable
-CUENTO-

PAEDICA

Un Cuatro Admirable (Cuento)

Eran aquellos tiempos de la guerra emancipadora, cuando se había perdido la primera república y el movimiento patriota se reorganizaba desde Nueva Granada; y el genio de Bolívar comenzaba su ascenso castrense y libertario. El joven Eustaquio entraba en sus veintes, era soñador, con la fortaleza propia de haber trabajado desde pequeño la tierra y con un gran espíritu aventurero que lo había llevado a conocer todos los parajes alrededor de su hogar, el cual estaba situado en un remoto caserío escondido en los andes venezolanos. En un punto equidistante entre La Grita y Mérida, que tenía su origen en haber servido de refugio a venezolanos y neogranadinos que huían de las represiones y la esclavitud de aquel entonces. Allí, en esas montañas, al menos se daba la sensación de libertad, que, como las estrellas, parecía tan cerca, pero de verdad estaba muy lejos aún.

Nuestro joven amigo era consciente de esta realidad y desde su niñez idealizaba con cambiarla, viéndose así mismo participar en batallas, misiones y campañas en las cuales obtenía la libertad de su gente.

Así transcurría su vida, hasta un buen día, que había sido como cualquier otro, ya ocultándose el sol, llegó de visita a aquel pequeño refugio un pariente lejano suyo. Venía sólo de pasada, acompañado de su vieja mula, para pernoctar en aquel villorrio y continuar a la mañana siguiente su viaje al país vecino.

Aquella noche fue una velada de encuentro nostálgico entre los más adultos con aquel visitante inesperado de nombre Gumersindo. Aunque para nuestro amigo era la primera vez que lo veía, el forastero lo trataba con especial cariño y hasta le contó que lo había cargado cuando era apenas un bebé. Eustaquio escuchaba con mucha atención las historias y anécdotas que salían de la tertulia que se formó alrededor de una improvisada fogata. De repente entre cuentos y chistes, el visitante se dirigió a su rudimentario equipaje, de donde sacó un peculiar objeto de forma curvada que Eustaquio nunca había visto, y no era el único en aquel alejado paraje, pues, sólo de tanto en tanto llegaban objetos tan novedosos como ese.

El visitante comenzó a hablar sobre el típico artefacto, que resultó ser un instrumento musical de madera de roble, con cuatro cuerdas que originaban su nombre: "el cuatro".

Todos escuchaban atentos la narración, cuando de repente se oyeron los sonidos propios de este instrumento, los cuales más nunca abandonarían al joven Eustaquio: CAM-BUR-PIN-TON. Acto seguido comenzó la entonación de melodías, algunas hablaban sobre la vida en el llano mientras otras tantas de historias de amor y leyendas.

La especial atención que cautivó a Eustaquio por el cuatro fue captada por Gumersindo, quien, por razones del viaje que realizaba, buscaba una ocasión para dejar este apero que le hacía tan buena compañía como estorbo. Pero, siempre y cuando encontrará unas buenas manos a quien obsequiárselo. Casi de inmediato supo que con Eustaquio estaría a salvo y sonando.

Luego de un rato de música y cantos, el forastero se acercó a Eustaquio para manifestarle sus intenciones de separarse de su viejo cuatro. Le contó entonces con más detalles cómo lo había obtenido: "aún recuerdo la primera vez que escuché sus cuerdas, como un eco, al igual que tú quedé prendido de inmediato. También fue una noche en la que de repente llegó a mis oídos ese particular sonido que nunca antes había escuchado. Así, seguí aquella acústica a la luz de la luna y me llevó hasta la persona que producía aquella melodía. Un hombre de origen canario, de mediana edad, que vivía en aquel lugar como escondido, porque estaba huyendo, se había escapado con una joven esclava de un poderoso señor, y buscaban paz y espacio para el amor. Así fueron a parar llano adentro, hallando un refugio donde pensaban estar seguros". Prosiguió contando Gumersindo: "aquellas cuerdas me llevaron a tejer una verdadera amistad con el español, que fabricaba cuatro y, de un viejo roble, me hizo este cuatro que vez aquí. Con el cual he tenido muchas vivencias, pero ahora debemos separar nuestros caminos, yo siguiendo mi vida - mirándolo a los ojos y con un tono solemne agregó - y él siguiendo sonando... en tus manos".

Más tarde, cuando todos se habían acostado, el visitante pasó su total conocimiento a Eustaquio sobre cómo tocar el instrumento: nueve pisadas y un solo ritmo eran los elementos en los cuales calzaba todo su repertorio. Nuestro joven, quien aún no salía de la impresión de todo lo que estaba sucediendo, los aprendió con emoción y rapidez. Gumersindo también le explicó que el cuatro tenía algunas piezas en mal estado: las cuerdas ya gastadas, dos clavijas

rotas, el puente astillado y otro par de detalles que necesitaban atención de un experto en la materia. Entonces le dijo: "debes ir a la capital, allí podrás encontrar personas que lo arreglen". Luego aquella "clase magistral" se despidieron. Gumersindo durmió algunas horas y al amanecer partió. Eustaquio, quien se había quedado dormido con el cuatro a su costado, al levantarse corroboró que todo lo pasado no había sido un sueño, que ahora tenía un cuatro entre sus manos y comenzó a practicar, lo que pensaba que era el mundo de ese instrumento.

Al cabo de dos días se había convertido en un maestro y, de igual forma, en el mejor y único músico en aquel lejano caserío. De tal manera, empezó a componer canciones que narraban todo lo que ocurría a su alrededor y poniéndole música a las que otros cantos que ya sabía. Al mismo tiempo añoraba poder arreglar aquel cuatro desgastado, que, con sus limitaciones, tantas alegrías estaba trayendo. Sería una de sus metas de vida.

Algún tiempo después de aquel episodio, comenzaron a llegar noticias sobre un gran contingente militar que desde la Nueva Granada venía abriendo caminos de libertad, su destino final era recuperar la añorada república que se había perdido, todos ellos comandados por un tal coronel Bolívar, que día tras día inspiraba respeto y pasión patriótica por donde iba pasando.

La juventud de aquellas zonas tenía una sed de libertad causada por tanto años de represión y sumisión. Todos ansiosos, esperando el pasar de las tropas republicanas para unirse a esta soñada causa. Venían noticias de La Grita al respecto, los patriotas se dirigían victoriosos a Mérida. La reducida generación de varones de aquel caserío salió con el alba a su encuentro, el desconocido paraje se llenó de lágrimas y pesares al ver partir a sus pocos hijos a la guerra, pero no hubo ni un solo intento de detenerlos, todos los de aquella comarca sentían lo justo y necesario de aquel sacrificio. Eustaquio partió con ellos, con su machete de campesino en la cintura, un hombro cargado de sueños de libertad y en el otro, arreguinado con una tira hecha de palmas, su cuatro. Pronto sería un soldado más que marchaba a la guerra buscando el sendero para vivir en paz con dignidad.

Luego de un día de camino el nuevo pelotón se encontró con la vanguardia de aquella campaña. Fueron presentados ante el Comandante Atanasio Girardot, aquel que cayó clavando heroicamente el tricolor en el cerro de Bárbula, quien les interrogó brevemente:

¿Y ustedes de dónde vienen?

De un caserío desconocido, está a un día de camino desde este punto.

¿Y a qué vienen aquí?

Allá llegaron los vientos de libertad y los hijos de ese escondido paraje hemos decido venir a unirnos a tal anhelado fin, contestaron.

El Comandante quedó abrumado al ver la decisión de aquellos muchachos, acompañados con tal convicción y valentía. Estuvo a punto de preguntar sobre su conocimiento militar, pero ya de antemano sabía la respuesta. Sin embargo, un aire de esperanza alimentó el espíritu emancipador del prócer al ver a ese grupo de desconocidos, a quienes por sus propios deseos libertarios llevaban la seguridad de su escondite a la guerra y muy probablemente a la muerte. De inmediato los designó al Cuarto Batallón de la Unión, donde se les proveyó de algunos recursos y comenzaron un entrenamiento militar intensivo.

Eustaquio experimentaba cosas que hasta ahora sólo en su imaginación habían ocurrido, aquel mundo castrense era totalmente nuevo para él, escuchaba con atención las historias de trincheras y combates, sobre todo las que mencionaban al Coronel Bolívar.

Al poco tiempo de haber llegado, le tocó a Eustaquio hacer su primera guardia nocturna. Mientras reconocía el terreno, escuchó un sonido que captó su total atención y lo puso listo como para actuar: CAM-BUR-PIN-TON... y sin pensarlo salió en busca de éste. Para su sorpresa en un batallón vecino, un grupo de combatientes descansaban reunidos alrededor de una fogata, compartiendo bebidas para mitigar el frío, escuchando de fondo las cuatro cuerdas rasgadas que con gran habilidad ejecutaba uno de ellos. El interprete era de piel oscura, mediana edad, fuerte, su porte representaba una gran dureza, pero su canto se escuchaba ligero y sincero. A punto estaba nuestro amigo de incorporarse al grupo cuando su compañero de guardia, angustiado, lo agarró por un brazo para que volvieran a su labor antes de ser descubiertos fuera de sus puestos, Eustaquio asintió, pero logró captar el nombre de aquel músico: Hipólito.

Al día siguiente, el primer pensamiento de Eustaquio fue ir directo en busca de ese compañero de armas que también tocaba el cuatro, pero la rutina castrense le obligaba a

cumplir primero su deber en la campaña, continuar su acelerado entrenamiento militar y avanzar con su unidad, así se le vio entrando a la ciudad de Mérida, donde la vanguardia esperó al grueso del ejército. Cuando las tropas arribaron, allí entre la muchedumbre, Eustaquio observó por primera vez al ya legendario, ahora General Simón Bolívar, a quien en aquel recibimiento le fue otorgado el título de Libertador.

Nuestro amigo sintió un gran respeto por aquel gran líder y un compromiso de vida por la patria. Luego del recibimiento, finalmente, pudo dedicarse a la búsqueda de Hipólito. Se dirigió hasta el batallón donde estaba asignado y preguntó por él. De inmediato se formó un lazo de amistad y camaradería entre los dos cuatristas.

Para sorpresa de Eustaquio, Hipólito había sido esclavo de hacienda hasta hacía unos años, donde aprendió viendo tocar a uno de sus amos que manejaba muy bien el instrumento. La noche en que decidió escapar para unirse al ejército revolucionario, robó uno de los cuatro de su amo y se lo llevó al hombro junto con sus sueños.

Eustaquio quedó sorprendido de la cantidad de pisadas, ritmos y canciones que Hipólito conocía. Entonces le mostró lo que él había aprendido y se dio cuenta que era muy poco. También le enseñó los desgastes que tenía su cuatro. Su nuevo amigo le confirmó que en la capital podría repararlo, pero esta vez le dio un nombre por el cual preguntar, un señor de apellido Marrero, que sabía repararlos con gran destreza y maestría. Así mismo, comenzó a enseñarle al joven, quien absorbía todo como una esponja y quien aprovechaba cada rato libre para practicar las lecciones aprendidas. Al poco tiempo, las reuniones como la que vio Eustaquio en el batallón de Hipólito, se formaron también en su escuadrón, donde los soldados disfrutaban de las canciones que él componía o acompañaba.

Así, continuaba su marcha la campaña de liberación. La destreza militar de Eustaquio iba en aumento, se acercaba el momento de probarla en combate. Había salido la vanguardia de Mérida con rumbo a Trujillo, con órdenes de llevar a cabo la limpieza de esta provincia. Sería allí -luego que el comandante peninsular Manuel Cañas se protegiera en las alturas de Agua de Obispo- el lugar donde los ejércitos de la unión y realistas se enfrentarían. El primero comandado por el Comandante Girardot, con 400 soldados, entre ellos Eustaquio, quien ahora lucía un uniforme y tenía un fusil. El rival, liderado por Cañas, compuesto por 500 hombres.

Con valentía, fiereza y disciplina los patriotas ejecutaron las órdenes de Girardot, logrando una victoria clave para la causa emancipadora y desalojando el paso para las tropas del Libertador. Los más veteranos del batallón saludaron Eustaquio por su valentía, entrega y camaradería en el campo de batalla.

Aquel joven campesino soñador que había salido de la nada y que muchas veces se había imaginado participar en un combate, se convertía en un soldado real, fiel y aguerrido. Esa noche de victoria, con su cuatro en mano, aún con el ruido de la batalla en su mente, pero la llama libertaria en el corazón, junto con Hipólito, les salían del alma coplas, que todos vitoreaban con alegría.

Los días fueron pasando y la gesta independentista continuaba su avance. Sucieron las batallas de Niquitao y Los Horcones, en las cuales los patriotas prolongaban sus posiciones. La reputación de Bolívar ya se expandía por casi toda Venezuela. Mientras, Eustaquio profundizaba su toque y su canto. Las jornadas eran duras y crudas, sólo la pasión libertaria lograba alejar de los corazones de aquellos soldados la pesadumbre y la aflicción de la guerra. A nuestro amigo le había quedado la tarea de llenar de música las noches de las tropas, luego de que a Hipólito y su cuatro se los llevara la guerra.

Entre todos estos acontecimientos, Eustaquio no olvidada el nombre del violero que debía de buscar en Caracas, lo cual se había vuelto casi un compromiso que lo ayudaba a mantenerse con vida.

Así llegó el momento de Taguanes, el Libertador en persona dirigiría las acciones. El Comandante Girardot con su batallón vanguardista, todos prestos al combate, era una de las columnas fundamentales en las operaciones, la totalidad del ejército conocía la importancia de este enfrentamiento. Eustaquio, quien había ganado la confianza de sus camaradas de armas, ahora también portaba una espada de oficial, su fusil, el machete con el que salió de su pueblo....y su cuatro. Varios compañeros, inclusive superiores le advertían sobre el peligro y

desventaja de llevar tal menester a la batalla, su respuesta siempre era la misma: “quizás haya momentos que un soldado pueda y deba combatir sin espada, sin camisa o sin fusil, pero nunca podría hacerlo si su alma está incompleta”.

La victoria llegó y cumplió su objetivo, otro fruto de la Campaña Admirable iniciada desde Nueva Granada. Esta cruzada salió comandada por un Coronel y culminó con un Libertador al mando. Todos los soldados celebraban, y el cuatro de Eustaquio los acompañaba. Así pues, el ejército patriota marchó directo y libre hacía Caracas, fue ese último tramo una jornada llena de júbilo, cargada de cantos.

Una noche, ya próximo a la capital, como era costumbre alrededor de una hoguera un grupo de soldados descansaba cantando al son del cuatro de nuestro amigo. Canciones, vivencias, relatos se escuchaban. Un poco apartado, como no dejándose ver, pero oyendo con atención, el Libertador -que momentos antes había decidido dar una caminata buscando algo de claridad en sus pensamientos- percibió en aquellos cantos la sinceridad de esos hombres de pueblo hecho ejército, quienes le habían confiado la vida, que estaban dispuestos a morir por él y por su causa que también la sentían de ellos. Reconoció en el cuatro de Eustaquio el son propio del suelo venezolano, de cómo su sonar alejaba de la mente y el corazón de aquellos hombres los pesares de la guerra reemplazándolos por alegrías y nostalgias. De repente se acercó, todos se sorprendieron al notar su presencia y se levantaron de inmediato a saludar respetuosamente a su Héroe. Él los llamó al descanso, les dio algunas palabras de ánimo, admiración y agradecimiento, luego se acercó a nuestro amigo, quien no podía creer lo que estaba sucediendo. El Libertador en persona puso las manos sobre sus hombros, lo miró fijo a los ojos y le dijo de manera profunda, casi mística: “nunca permitas que deje de sonar”, sin decir más, se despidió y continuó su andanza. Eustaquio sintió en su alma aquellas palabras, que sin saberlo, se convertirían en la pasión de su vida.

Al instante de la triunfal entrada a Caracas, el recibimiento colmó a los patriotas, Venezuela volvía a ser república y dejaba en claro su decisión de ser libre. Fue un día de fiesta y esperanza. Bolívar era ratificado como El Libertador, aunque sabía que éste no era más que un paso en el largo camino hacía la libertad definitiva.

Luego de las celebraciones las tropas tuvieron algún tiempo libre, para nuestro amigo llegó el tan deseado momento de reparar su instrumento, por lo que emprendió la búsqueda del reparador de cuatros. Un par de días necesitó para encontrar el taller del artesano.

Entró Eustaquio al taller donde fue recibido por un muchacho pardo, de ojos claros y sin perder más tiempo preguntó por Marrero el violero. El chico le comentó que se trataba de su padre y se retiró a buscarlo, al cabo de un rato regresó acompañado de un hombre entrado en edad, de paso lento, cabello blanco, manos fuertes, lentes caseros, ojos azul profundo. Buenas referencias había escuchado Eustaquio de aquel personaje, no sólo fabricando y arreglando cuatros, guitarras hasta mandolinas, sino como luchador a favor de la causa independentista, pues, a pesar de ser canario, había estado en combates junto a los patriotas en varios escenarios, algunos decían que en memoria de su fallecida amada.

Cumplidas las presentaciones de rigor, en seguida la conversación se volvió amena; historias, anécdotas, brotaron cual agua de manantial de aquellos hombres que tenían muchas cosas en común, como la de ser soldados y sentir una gran pasión por la música, en especial por el cuatro.

Comenzó Eustaquio a hablar un poco más de su instrumento, que lo había recibido en condiciones algo desgastadas y además, al igual que él, había sufrido todas las vicisitudes de la guerra y que era casi que un milagro que hubiese sobrevivido toda la campaña. También contó sobre cómo se encargó de animar a las tropas noche tras noche. A medida que se narraban estos hechos, el artífice internamente comenzaba a abrigar un compromiso de dar lo mejor de sí ante el reto que como “lutier” estaba por recibir y dijo: “veamos, pues, ese cuatro admirable”.

Sacó entonces Eustaquio su cuatro, se lo entregó al maestro Marrero, quien con prontitud y cuidado emprendió a examinarlo. Poco tiempo hubo pasado cuando Eustaquio notó que el habilidoso artesano comenzó a mirar con nostalgia el cuatro... sus ojos se llenaron de lágrimas y su respiración se aceleró. Eustaquio y el joven quedaron sorprendidos ante aquella reacción inesperada y no supieron que decir. Luego de un silencio que pareció eterno, el veterano trabajador dijo con voz temblorosa: “este cuatro lo hice yo mismo de un viejo roble

cuando vivía con mi esposa escondidos llano a dentro, tú apenas habías nacido -dijo mirando a su hijo- y fue para mi gran amigo Gumersindo Palacios”.

Eustaquio quedó aún más impresionado, no podía creer lo que estaba escuchando, y comenzó entonces a contar con lujos de detalles desde la noche que Gumersindo le había entregado el cuatro hasta ese día. Marrero por su parte, les narró desde que Gumersindo y él se conocieron hasta que se separaron, uno huyendo de la guerra y otro en busca de ella para vengar la memoria de su amada.

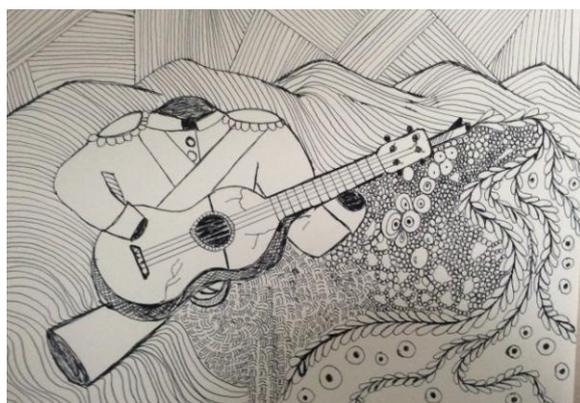
La tertulia se extendió durante toda la noche, cuando finalmente se despidieron con el alba, Marrero le pidió a Eustaquio algunos días para arreglar el cuatro, no sin antes ofrecerle un cambio por uno nuevo, lo cual fue rechazado totalmente.

Pasado el período acordado, Eustaquio regresó al taller, donde fue recibido como si fuera un amigo de toda la vida. Al cabo del emotivo recibimiento trajeron a escena aquel viejo cuatro desgastado. El trabajo era impecable, a pesar del esfuerzo que le tomó al artesano tratar de preservar lo más posible las piezas originales del instrumento, colocó clavijas nuevas, cambió el puente y el tación, completó los trastes faltantes y la cejuela remendó, hizo también literalmente un parche de madera para reparar el aro de la caja de resonancia, le puso cuerdas nuevas y lo barnizó. También le había preparado un estuche a la medida, con facilidad para llevarlo en la espalda, ya fuese para viajar o para marchar. De inmediato procedió Eustaquio a probarlo: CAM-BUR-PIN-TON, resonó en todo el taller y comenzó una excelente velada musical entre cuatros, canciones, también guitarras y mandolinas. Pero, antes de finalizar este grato festejo, el experimentado Marrero levantando su copa y, tomando el cuatro de Eustaquio con su otra mano, volvió a decir -ahora con más solemnidad- eres “Un Cuatro Admirable”.

Eustaquio se quedó en aquel taller por un tiempo, aprendiendo el oficio de fabricar cuatros hasta que de nuevo su batallón fue convocado a cumplir su deber en la gesta emancipadora que apenas había comenzado. Fue una despedida fraternal y triste, ninguno podría olvidar a partir de entonces aquel encuentro que sólo la perfección divina podía llevar a cabo.

Eustaquio continuó con su labor de soldado, músico y ahora también como violero. Convencido de la utilidad del cuatro entre el ejército liberador -además de las noches de canto en las que recordaba siempre a Hipólito y de quien había aprendido que aquello más que una costumbre era un deber- también comenzó a dedicar parte de su tiempo para fabricar cuatros, enseñar a otros este oficio y además a cómo tocarlos.

Por donde quiera que la guerra lo llevara, él dejaba todo el conocimiento que podía a su paso, cumpliendo así la orden recibida de forma directa por el Libertador: “nunca permitas que deje de sonar”.



Cuántos años vivió Eustaquio. Algunos dicen que cayó en Carabobo, otros tantos indican que volvió a su hogar, se casó y tuvo muchos hijos. A ciencia cierta nunca se supo qué pasó con él. Lo que si sabemos es que su “cuatro admirable” se sembró junto con la independencia en el alma del país mismo, en todos sus rincones, parajes, fiestas, celebraciones, su gentilicio, en cada uno de sus hijos e hijas. Desde entonces, ahora y por siempre donde quiera que suene el inconfundible y único: CAM-BUR-PIN-TON, resonará en nombre de toda una Nación: VENEZUELA.